

Una contribución científica desde la taxidermia. José Carpeneto (1892-1971) y su colección en el Museo de Historia Natural de Valparaíso

Carolina Valenzuela Matus*

RESUMEN: El presente artículo trata sobre la contribución científica del taxidermista José Carpeneto Corsiglia, quien incrementó por más de cuarenta años la colección de aves regionales del Museo de Historia Natural de Valparaíso. El trabajo de preparación de pieles y montaje realizado por el especialista se fundamentó en una exhaustiva observación de la naturaleza y de las características de cada una de las especies, aplicando así el método científico a su labor. Con sus creaciones, colaboró activamente con la difusión de la ciencia, el conocimiento de la vida natural y el engrandecimiento del museo antedicho.

PALABRAS CLAVE: Taxidermia, Museo de Historia Natural de Valparaíso, José Carpeneto

ABSTRACT: This article is focused on the scientific contribution of the taxidermist José Carpeneto Corsiglia, who increased the regional birds collection in the Museum of Natural History in Valparaíso throughout more than forty years. The work of skin preparation and assembly carried out by the professional was based on an exhaustive observation of nature and the characteristics of each of the species, thus applying the scientific method to his task. With his creations, he collaborated actively with the dissemination of science, the knowledge of wild life and the enhancement of the aforementioned Museum.

KEYWORDS: Taxidermy, Museum of Natural History Valparaíso, José Carpeneto

* Profesora de Historia y doctora en Estudios del Mundo Antiguo, se desempeña como académica investigadora del Instituto de Estudios Sociales y Humanísticos de la Universidad Autónoma de Chile. Sus últimas investigaciones se centran en la tradición clásica, las historias naturales y los gabinetes de antigüedades y naturaleza. Actualmente es investigadora responsable del proyecto Fondecyt Iniciación N° 11170033 «Antigüedades y naturaleza. Circulación interoceánica de objetos en los primeros gabinetes de Historia Natural como estrategia de posicionamiento de la ciencia en Chile».

Cómo citar este artículo (APA)
Valenzuela, C. (2018). *Una contribución científica desde la taxidermia. José Carpeneto (1892-1971) y su colección en el Museo de Historia Natural de Valparaíso*. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

El taxidermista debe tener una preparación de escultor y de naturalista al mismo tiempo. Sus obras biológicas deben llevar el sello de la verdad y de la vida que necesitan los seres ya inmovilizados con la muerte, con el objeto de que las personas que visitan los museos reciban la enseñanza remota, pero verídica, acerca de cómo son y cómo viven las especies animales de los más apartados rincones del mundo.

—Alberto Méndez, 1956.

El oficio de la taxidermia (del griego *táxis* ‘colocación, arreglo’ y *dermia*, ‘piel’) consiste en la disección de animales para conservar su apariencia de seres vivos. Al preservar una especie para su exhibición y estudio durante siglos, esta práctica logra capturar el tiempo de una forma sorprendente. De ahí que, en el pasado —sobre todo antes de la era digital—, constituyera un medio privilegiado para acceder al conocimiento de animales geográficamente lejanos o en peligro de extinción, más allá de las imágenes contenidas en los libros de zoología.

Desde sus laboratorios, los taxidermistas han interpretado la fauna mediante su modelado y preservación, proporcionando a los investigadores una primera aproximación al estudio de diversas especies. Aunque hasta ahora ha recibido poca atención, la contribución de esta disciplina en Chile no puede ser ignorada, pues ha sido esencial para el desarrollo tanto de las colecciones de los museos nacionales de historia natural como del conocimiento científico en el país.

Específicamente en el Museo de Historia Natural de Valparaíso, sobresale la labor encomiable del taxidermista José Carpeneto Corsiglia (1892-1971). Entre 1928 y 1971, Carpeneto contribuyó al conocimiento de las aves chilenas y al incremento de la colección de animales en dicha institución, legando su aporte no solo a esta, sino a las ciencias naturales en la región.

Taxidermia: sus orígenes e importancia para el conocimiento de la fauna

Para comprender a cabalidad el aporte de José Carpeneto, resulta necesario hacer referencia, en primer lugar, a la importancia de la taxidermia en el conocimiento de la fauna y en el desarrollo de los museos de historia natural en el mundo.

El embalsamamiento de animales constituye una práctica milenaria, realizada tanto por las antiguas culturas precolombinas como por las del Antiguo Egipto. Ejemplo de esto último es la sepultura KV50 del Valle de los Reyes conocida como «tumba de los animales», donde se encontraron restos de un perro que parece haber sido disecado, además de momias de monos y aves embalsamadas, las últimas de las cuales habrían sido utilizadas como ofrenda (Parra, 2015, pp. 244-245).

Los antecedentes de la taxidermia moderna datan de fines del siglo XVI, en el contexto de la expansión ultramarina de Europa¹. En los círculos cortesanos y en la administración estatal, se generó entonces gran interés por la conservación de las pieles procedentes de lugares exóticos. En el caso del Imperio español, por ejemplo, el deseo de conocer fauna originaria de los territorios lejanos incentivó el traslado de especímenes vivos desde las Indias Orientales y Occidentales (Marcaida, 2014). Muchos de estos animales estuvieron destinados a la recreación del monarca y su corte, siendo albergados en diversas dependencias reales según su tamaño y ferocidad (Gómez Centurión, 2009). Las duras condiciones del viaje en barco, sin embargo, dificultaban su sobrevivencia, y de los pocos que llegaban, muchos morían por las diferencias del medio y el desconocimiento acerca de su alimentación (Gómez Centurión, 2009); en esas circunstancias, a menudo un dibujo o una piel reemplazaban al original. Así, la taxidermia comenzó a abrirse camino como una forma de vencer las dificultades para capturar el esplendor y complejidad de una naturaleza novedosa (Marcaida, 2014).

En el siglo XVII comenzaron a surgir en Europa los gabinetes de los grandes aristócratas. Se trataba de pequeños espacios destinados a exhibir los objetos curiosos que llegaban de distintos y remotos lugares del planeta, entre los cuales los plumajes de ave, por su colorido, concitaban especial interés (Marcaida, 2014). Más allá de la simple curiosidad, no obstante, los mencionados gabinetes permitieron el estudio científico de especies poco conocidas en el Viejo Continente, contribuyendo el contexto ilustrado de la siguiente centuria a la especialización de la taxidermia. El oficio dejó así de destinarse solo a la conservación de pieles y comenzó a involucrar un proceso de montaje e interpretación para el estudio del mundo natural.

¹ No obstante, la preocupación por conocer el movimiento de las especies está documentada desde la Edad Media. En Italia hay libros que la grafican a través de ilustraciones de animales, algunas tomadas del natural y otras copiadas de cuadros, como el *Taccuino di disegni* (c. 1400), de Giovannino de Grassi (1350-1398).

Uno de los precursores de esto último fue el científico francés René Antoine Ferchault de Réaumur (1683-1757)², autor de abundante literatura sobre insectos, aves y moluscos. En 1744, Réaumur comenzó su primera colección de aves montadas, creando su propia técnica de conservación. A él se atribuye la palabra francesa «*empailler*», equivalente al castellano «disecar», que designaba la práctica de rellenar con paja los animales más grandes, y con heno, lana o lino, los más pequeños. Durante el traslado de los ejemplares, aconsejaba sumergirlos en alcohol y separarlos en barriles distintos según su tamaño, cuidando que las plumas permanecieran en su posición natural. Para embalsamarlos aplicaba conservantes en polvo como alumbre, cal pulverizada, mirra, incienso o pimienta, y estableció un método para alambrear el cuerpo y fijar las patas que mantenía la actitud natural del ave en el montaje (Pérez, 2013, párr. 5).

A pesar de los avances de la técnica, la acción destructiva de los insectos seguía siendo una dificultad para la conservación de las pieles. La solución a este problema fue ideada por Jean-Baptiste Bécoeur (1718-1777), creador del jabón arsenical. En la actualidad, el uso de arsénico ha sido sustituido por el alumbre y la sal, menos dañinos para el ser humano (J. C. Belmar y C. Figueroa, com. pers., 5 abril y 29 mayo, 2018).

Aunque los animales vivos provenientes de América seguían captando la atención de las cortes españolas del siglo XVIII, el interés de los científicos se concentraba, más bien, en los ejemplares muertos, especialmente tras la creación del Gabinete de Historia Natural de Madrid en 1776 (antecedente del actual Museo de Ciencias Naturales). La institución era responsable de embalsamar y montar los especímenes procedentes de los jardines del rey, por lo que contó con taxidermistas desde su fundación. Un caso interesante es el de Juan Bautista Bru (1740-1799), quien, más que por su experticia, se destacó por la espectacularidad de sus colecciones, que incluyeron piezas tan notables como el elefante indio muerto en Aranjuez en 1777 –considerado la primera naturalización de un mamífero de gran tamaño– y el montaje del megaterio, el primer mamífero fósil reconstruido (Aragón, 2014)³.

² Matemático y naturalista mundialmente conocido por la invención del termómetro en alcohol y por la unidad de temperatura epónima (°Ré), basada en una escala dividida en ochenta partes (0 °Ré corresponde al punto de congelación del agua y 80 °Ré, al punto de ebullición). Con la adopción del grado Celsius, la escala de Réaumur cayó en desuso.

³ Durante el siglo XIX se manifestó en España una preocupación por alcanzar mayores niveles de especialización en la taxidermia. En 1850, Mariano de la Paz Graells, director del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, creó una cátedra en la materia, que al año siguiente ya figuraba dentro del plan de estudios. En el siglo XX, los hermanos José María y Luis Benedito emprendieron un proceso de

A fines del siglo XIX y principios del XX, uno de los taxidermistas más afamados del mundo fue el norteamericano Carl Akeley (1864-1926), quien trabajó en el Field Museum of Natural History de Chicago y en el American Museum of Natural History de Nueva York. Este último alberga buena parte de su obra más conocida, dentro de la cual figura un grupo de elefantes en estampida que llena el *hall* dedicado a los mamíferos africanos (Aragón, 2014). Akeley ejerció como cazador y recolector, y en 1923 escribió el libro de memorias *In Brightest Africa*, donde describe sus aventuras en dicho continente mientras trabajaba para los mencionados museos (Rothfels, 2013).

La taxidermia encierra grandes complejidades desde el punto de vista epistemológico. Así como un buen trabajo permitía a los científicos de siglos pasados conocer animales que nunca habían visto, una labor mal hecha o incompleta podía generar engorrosas discusiones. El caso del ave del paraíso es un buen ejemplo de este tipo de controversias: contradiciendo los preceptos aristotélicos según los cuales todas las aves tenían patas, las primeras pieles de ejemplares de esta especie llegaron a Europa despojadas de extremidades debido a que el objetivo de los cazadores de las Molucas al disecar el animal era «conservar lo más preciado de estas criaturas: su espectacular plumaje» (Marcaida, 2014, p. 94). A partir de esa usanza se extendió la creencia de que el ave del paraíso no tenía patas, se mantenía suspendida en el aire y, como maravilla del mundo natural, era testimonio del poder de Dios⁴.

Otro ejemplo de los problemas que puede causar una taxidermia mal ejecutada es la dificultad que en Chile tuvo el destacado naturalista Rudolph Philippi –director del Museo Nacional de Santiago⁵ entre 1853 y 1897– para reconocer la especie de uno de los peces de su colección. Se trataba del *Orthogoriscus mola*, incorrectamente disecado por el preparador, quien aplanó uno de sus costados pues creía que el pez nadaba sobre un lado⁶ –una anécdota que demuestra la importancia de dicha labor para el conocimiento científico que se gestaba al interior de los museos–.

documentación exhaustiva que transformó el oficio. Asimismo, la observación de campo contribuyó a la creación de piezas extremadamente realistas (Aragón, 2014).

⁴ El ave del paraíso alcanzó tal grado de mitificación que llegó incluso a ser confundida con el ave fénix. «En 1605, el naturalista flamenco Carolus Clusius, en su tratado *Exoticorum libri decem*, recopiló los testimonios de los comerciantes holandeses, quienes le aseguraron que estas aves tenían patas» (Marcaida, 2014, p. 98). La colección de aves del Museo de Historia Natural de Valparaíso posee un bellissimo ejemplar de esta ave (con sus patas), ingresado en 1915 (caja 35, n° inv. 266).

⁵ Actual Museo Nacional de Historia Natural. Véase: <http://www.mnhn.cl/sitio/>.

⁶ «Habiendo creído el preparador que [el pez] nadaba recostado sobre un lado como un Meironectes, ha hecho uno de los costados perfectamente plana [sic]» (Philippi en Vilo y Sanhueza, 2017, p. 610).

Relevancia de la taxidermia en los museos de historia natural chilenos

Con la consolidación del Museo Nacional de Santiago, y gracias al interés del director por incrementar las colecciones zoológicas, la figura del taxidermista cobró mayor protagonismo. Entre los colaboradores que impulsaron al desarrollo del oficio destacó el naturalista alemán Federico Albert, quien –junto al disector Zacarías Vergara– trabajó por espacio de una década, desde 1889, como preparador de esqueletos del Museo, mostrando especial interés por los estudios paleontológicos, ornitológicos y zoológicos. Dentro del equipo técnico, Filiberto Germain aportó significativamente al proceso de recolección de especies junto con Luis Landbeck, Carlos Reed, Pablo Ortega y el mismo Philippi, entre otros (Sanhueza, 2018, p. 182). El Museo Nacional de Historia Natural contó con los servicios de un director Bernardo Cortés, desde el año 1834 (Carta de R. A. Philippi al Ministerio de Instrucción Pública, Santiago 7 de julio de 1859, Archivo Ministerio de Educación, vol. 84).

Paralelamente, en 1878, el destacado literato, político y diplomático Eduardo de la Barra fundó el Museo de Historia Natural de Valparaíso, que comenzó a funcionar en las dependencias del Liceo de Hombres (actual Liceo Eduardo de la Barra). Uno de sus directores más destacados fue el naturalista Carlos Porter, quien ocupó el cargo hasta 1911, y cuya gestión incrementó considerablemente el patrimonio institucional.

Junto con dar cuenta de los trabajos científicos desarrollados por investigadores nacionales e internacionales, el boletín institucional consigna entre 1898 y 1910 el aumento de sus colecciones biológicas. De acuerdo con la publicación, los objetos ingresados al comienzo correspondieron, en su mayoría, a donaciones. Uno de los principales contribuyentes de ese acervo fundacional fue el zoólogo británico John Wolffsohn⁷, quien recolectó especies en Chile y escribió diversos artículos sobre sus investigaciones (Beolens *et. al.*, 2009, p. 449).

Entre las existencias figuraban una colección de pieles para fines científicos y varias piezas de taxidermia de mamíferos, aves, insectos y peces. Dichos ejemplares indican cierto interés por las especies extranjeras, pues incluían animales exóticos de distintos continentes: de América, el mono araña de Brasil, el lemur y un coatí procedente de Panamá (1882); de África, un león

⁷ Información obtenida del «Índice de Obsequios» del archivo interno del Área de Biología del Museo de Historia Natural de Valparaíso.

(1881) y un chimpancé (posterior a 1885); de Europa, una ardilla (1875), un zorro, un tejón y un lobo (estos dos últimos ingresados en 1880); y de Asia, un tigre de Bengala (Porter, 1899, pp. 11-21),

En 1906, un grave incendio afectó al edificio institucional, lo que, junto al terremoto del mismo año, ocasionó una pérdida casi total de las colecciones. Porter trasladó las pocas piezas rescatadas al Liceo Miguel Luis Amunátegui de Santiago, mientras hacía un llamado a la comunidad de Valparaíso para la reconstrucción del Museo en el puerto.

Pese a los intentos por reabrir para las fiestas del Centenario de la Independencia, en 1910, las actividades solo se reanudaron cuatro años más tarde bajo la dirección de John Juger Silver, de 26 años de edad, quien se había desempeñado anteriormente como jefe de la sección Botánica (Jaksic *et al.*, 2012). En sus esfuerzos por acrecentar las colecciones, resultó esencial el trabajo de un taxidermista que, tras ofrecer sus servicios al Museo, empezó a desarrollar su tarea en 1928.

Una figura decisiva

De joven autodidacta, José Carpeneto Corsiglia pasó a convertirse en uno de los más importantes taxidermistas del país. Su trabajo contribuyó significativamente al conocimiento científico de las aves de la región, así como también a la enseñanza del oficio. A él le cupo el mérito de haber multiplicado significativamente el patrimonio del Museo, tanto en lo referido a las piezas exhibidas al público general, como en la preparación de pieles de aves destinadas al estudio de los especialistas. Es importante destacar que sus labores incluían también la caza y la recolección de especies –función habitual entre los taxidermistas de los siglos XIX y XX (Rothfels, 2013), y que él desarrolló notablemente gracias a su conocimiento del mundo natural–.

Carpeneto nació el 16 de mayo de 1892 en Moconesi, Italia. Fue hijo de Giacomo Carpeneto y María Corsiglia –su caso demuestra la relevancia de la comunidad de dicha nación en Chile–. Se presume que en su tierra natal tuvo sus primeros acercamientos a la taxidermia, gracias a las enseñanzas del cura de su pueblo (Familia Llanos Carpeneto, com. pers., 9 y 16 de mayo de 2018). La familia aún conserva un libro –regalo del sacerdote– que, probablemente, fue uno de sus primeros manuales para aprender el oficio. Se trata de *Il naturalista preparatore. Embalsamatore-tassidermista* (edición de 1907), del Dr. Raffaello Gestro, director del Museo Cívico de Roma, editado por Ulrico Hoepli en Milán (fig. 1). La obra fue uno de los tratados

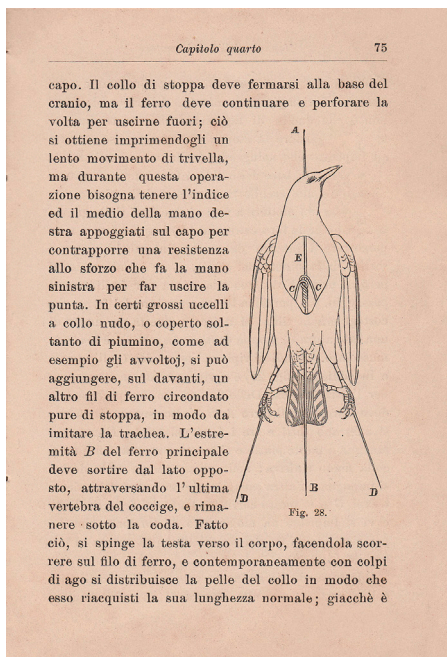


Figura 1. Página interior de *Il naturalista preparatore* (edición de 1907), de Raffaello Gestro. Colección Familia Llanos Carpeneto.

de taxidermia más consultados en su época y contó con varias reediciones hasta 1989. Aborda los tópicos más importantes del oficio: desde la descripción de las herramientas hasta la preparación de todo tipo de mamíferos, las instrucciones para recoger y montar la piel, la preparación de pájaros, reptiles, peces, artrópodos, moluscos, arácnidos y crustáceos, y los tipos de conservación para las colecciones en seco, en alcohol, en formalina y entomológica, así como el detalle del embalaje y transporte de las existencias.

Hacia 1914, Carpeneto abandonó Italia para cruzar el océano, originalmente con destino a Buenos Aires, aunque luego se desvió hacia Valparaíso. Su hermano Severino lo recibió a su llegada en Viña del Mar,

y durante los primeros años se dedicó al comercio, forjando una nueva vida de esfuerzo y trabajo que le permitió ayudar también a sus hermanas en Italia. Por entonces conoció a Victoria Arancibia Miranda, profesora de Música, con quien se casó el 1 de septiembre de 1921 (fig. 2). Junto a ella se radicaría en Recreo, Viña del Mar, formando una familia en la que nacerían cuatro hijos⁸.

A finales de la década del '20, Carpeneto decidió cambiar su rumbo laboral, dejando atrás las actividades de comercio para emprender su nuevo oficio. En 1928 ofreció sus servicios al Museo de Historia Natural de Valparaíso, quien lo contrató como cazador y taxidermista auxiliar. Al mismo tiempo

⁸ Margarita Ángela (1923), María Victoria (1923), Santiago Enrique (1929) y Leonardo Horacio (1933). Dos de estos hermanos siguieron la vocación religiosa: Margarita Ángela como monja carmelita y Leonardo como sacerdote pasionista y profesor de Filosofía, desempeñando su ministerio por más de cincuenta años hasta su muerte en 2011. En cuanto a Santiago Enrique, se casó sin tener descendencia. Por su parte, María Victoria contrajo matrimonio y tuvo cinco hijos: Mario, José Manuel, Victoria, Ángela y María Cecilia Llanos Carpeneto. Los nietos de José Carpeneto aún mantienen viva la memoria de su abuelo, y gracias a ellos pudimos obtener importante información biográfica del personaje.

ingresó como secretaria Nina Ovalle Escobar, quien llegaría a ocupar la dirección de la institución en 1968; ambos establecerían una sólida amistad durante más de cuarenta años de trabajo en conjunto (fig. 3).

La primera tarea encomendada a Carpeneto fue la formación de una colección de aves, en la cual trabajaría durante las cuatro décadas siguientes. Según la investigadora Ana Ávalos, esta sería su mayor contribución al estudio científico, conservación y protección de la fauna ornitológica de la Quinta Región (Ávalos, 1976, p. 9). Tanto es así, que las piezas creadas por el taxidermista han sido objeto de estudios comparativos que

evidencian las drásticas modificaciones introducidas por el ser humano en la región a través de los años (Ávalos, 1976) y, en el futuro, podrían proporcionar información que explique, por ejemplo, ciertas mutaciones o la coloración de las plumas, mediante la extracción de ADN de las pieles conservadas⁹ 10.

Las aves conservadas en pieles del Museo de Historia Natural de Valparaíso suman 770 ejemplares distribuidos en 17 órdenes, 41 familias, 91 géneros y 117 especies (Ávalos, 1976, pp. 15-16). Casi en su totalidad corresponden a la producción de José Carpeneto, y la mayor parte de ellas proviene de la Región de Valparaíso, aunque también es posible encontrar especímenes representativos del sur de Chile. Para lograr esta diversidad regional, el taxidermista cazaba en distintas localidades, tales como Valparaíso, Viña del Mar, Concón, Peñuelas, Mantagua y Las Tórtolas, llegando incluso hasta las poblaciones de Río Blanco y Putaendo en la precordillera andina (Familia



Figura 2. José Carpeneto y su novia, Victoria Arancibia, década de 1920. Fotografía de estudio de la Colección Familia Llanos Carpeneto.

⁹ Un ejemplo de las investigaciones que se pueden realizar sobre el ADN de las aves se encuentra en el artículo de Lopes, Johnson, Thoorney *et al.*, 2016.

¹⁰ Si bien Carpeneto fue contemporáneo de Rosamund Franklin, James D. Watson y Francis Crick (1953), no es posible saber si pudo dimensionar que su labor abriría la posibilidad de estudiar las especies chilenas a partir de su material genético (S. Quiroz, com. pers., 5 de abril de 2018).



Figura 3. De izq. a der., José Carpeneto, Nina Ovalle y John Juger en la entrada del Museo de Historia Natural en Playa Ancha, 1954. Colección Familia Llanos Carpeneto.

Llanos Carpeneto, com. pers., 9 y 16 de mayo de 2018)¹¹.

Según los doctores Enrique Montenegro y Luisa Ruz, Carpeneto elaboraba sus piezas de acuerdo con el método científico. El primer paso era la observación exhaustiva del animal, seguido del planteamiento del problema –lograr una representación del espécimen– y la medición detallada de sus partes anatómicas. En la disección de pájaros utilizaba técnicas originales¹², una de las cuales consistía en disectar el ave –ya preparada– por el frente en lugar de hacerlo por la espalda. Entre los materiales que empleaba había elementos reciclados, así como estopa, virutilla de madera e hilo vegetal, con los que rellenaba las piezas desde el interior. También usó hojas de palmera para dar firmeza al yeso y a las pieles. Para cada una de ellas fabricaba una base

ornamentada que, además de servir como punto de apoyo, proporcionaba cierto toque de realismo. Esta apariencia natural fue el sello de sus piezas, las que, aun embalsamadas, conservan la ilusión de movimiento (fig. 4).

Sus logros en el perfeccionamiento del oficio le valieron la admiración de sus contemporáneos, sobre todo porque eran el resultado de un arduo y desinteresado trabajo al servicio del Museo¹³. Con todo, la depresión económica de los años treinta se interpuso en su tarea: los recortes presupuestarios

¹¹ Aunque la mayoría de sus trabajos de taxidermia corresponden a aves de la región, Carpeneto también realizó montajes de lobos marinos, serpientes, mascotas y otras piezas por encargo (Familia Llanos Carpeneto, com. pers., 9 y 16 de mayo de 2018).

¹² Al tratarse de un oficio autodidacta, a menudo las formas de disección varían de acuerdo al taxidermista. En el caso de Carpeneto, utilizaba materiales reciclables y vegetales, y también confeccionaba sus propias herramientas de trabajo (E. Montenegro y L. Ruz, comunicación personal 29 mayo 2018).

¹³ «Su trabajo aquí es considerable, es asimismo el cazador recolector de material biológico y desempeña otras actividades auxiliares en atención a lo reducido del personal existente; todo ello satisfactoriamente» (Juger, 15 de enero de 1936).

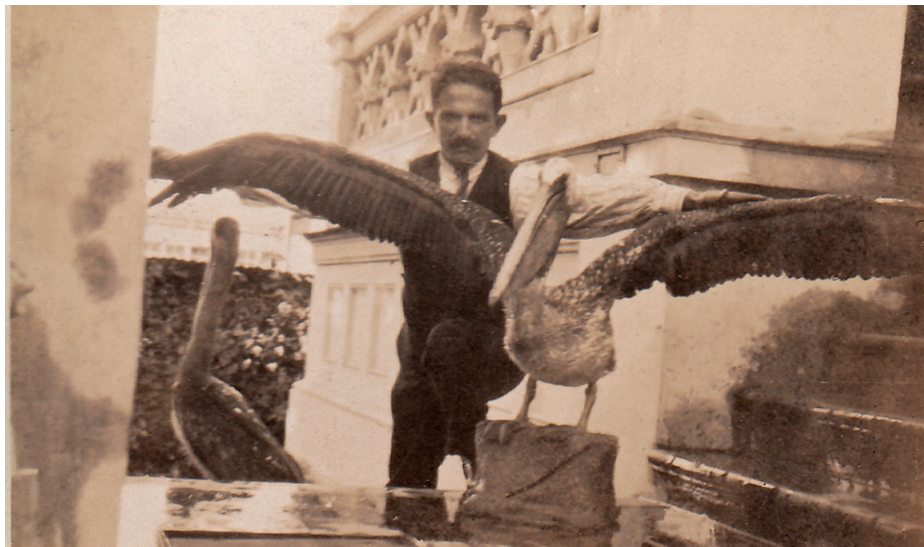


Figura 4. José Carpeneto posa junto a un pelicano embalsamado, 1931. Colección Familia Llanos Carpeneto.

impuestos a los museos estatales significaron la supresión temporal de su puesto de trabajo en 1932.

Aunque ello le impidió continuar incrementando la dotación de especies embalsamadas, Carpeneto siguió trabajando en la conservación de las piezas ya existentes (fig. 5), movido solo por el «cariño que tenía por su cometido que lo indujo a ocuparse a intervalos gratuitamente de tales trabajos y ya una vez reincorporado redoblar esfuerzos para incrementar las existencias de la sección Ornitológica» (Juger, 30 de diciembre de 1932). Tras su reintegración a fines de ese mismo año, ocupó el puesto de taxidermista auxiliar hasta 1954, cuando accedió al cargo titular, en igualdad de condiciones que Luis Antonio Moreira Méndez, su colega en Santiago¹⁴.

Labores en Chile y el extranjero

Carpeneto proyectó su labor más allá de las salas del Museo, lo que favoreció la circulación de sus piezas en distintos ámbitos. En lo académico, desde 1956 hasta el año de su fallecimiento ejerció como profesor auxiliar en las

¹⁴ En los documentos relativos a José Carpeneto no se han encontrado cartas ni testimonios sobre posibles relaciones de intercambio con taxidermistas de Santiago, aunque la solicitud de Carpeneto verifica que sí conocía a su par en la capital.



Figura 5. José Carpeneto durante sus labores de caza junto a su perro perdiguero Alí, a fines de la década de 1940. Colección Familia Llanos Carpeneto.

prácticas de Taxidermia del Instituto de Biología de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, donde trabajó codo a codo con el profesor Haroldo Toro Gutiérrez (1934-2002), jefe de la sección de Zoología. Los talleres, que se realizaban en función de sus colecciones, tenían como objetivo enseñar los principios de esta disciplina a los estudiantes de Biología y, de paso, contribuir a que valorasen la fauna chilena. De entre ellos, Mario Pastén llegaría a ser uno de sus discípulos más directos (E. Montenegro y L. Ruz, com. pers., 29 de mayo de 2018).

Actualmente, la colección que Carpeneto formó para la Universidad se encuentra en el Instituto de Biología en Curauma, Valparaíso. Quienes fueron sus estudiantes recuerdan especialmente el realismo de las piezas que creaba, a tal punto que un peuco embalsamado de su autoría servía para espantar a las palomas de la facultad (E. Montenegro y L. Ruz, com. pers., 29 de mayo de 2018).

También prestó sus servicios al hotel de las Termas del Flaco, donde residía todos los años durante un mes, utilizando para sus labores una sala especialmente habilitada. Asimismo, se desempeñó como taxidermista en el Seminario San Rafael, el Museo Fonck y la Scuola Italiana de Valparaíso¹⁵, y en más de una ocasión envió animales disecados a Washington para ser estudiados.

¹⁵ Rastrear las piezas elaboradas por Carpeneto en cada uno de los museos regionales y establecimientos de educación requeriría de un estudio más amplio que permita seguir la circulación de las piezas, considerando aspectos relevantes como el intercambio, las donaciones, el etiquetado de las especies y también el deterioro natural al que se pueden ver expuestas.

Era también requerido por particulares, como el magnate norteamericano a quien acompañaba en sus viajes por el sur de Chile, preparando especies a bordo de su barco¹⁶. Si bien rehuía la taxidermia de perros y gatos, los dueños de las mascotas para quienes realizó este tipo de trabajos experimentaron gran emoción al ver el esmero con que los ejecutó (Familia Llanos Carpeneto, com. pers., 9 y 16 de mayo de 2018).

Si bien su especialidad eran las aves de la región, recibió otros complejos encargos, como el embalsamamiento de tiburones, de una boa –proveniente de un barco bananero– y de un cóndor vivo al que, sin embargo, no se atrevió a matar, tal vez debido a las tristes condiciones de cautiverio en que se encontraba. Incluso Pablo Neruda recurrió a él para el mantenimiento del caballo que tenía en «La Sebastiana», su residencia de Valparaíso. Con la llegada de la televisión, Carpeneto fue invitado a hablar sobre las aves en un programa de la Corporación de Televisión de la Universidad Católica de Valparaíso, la primera estación televisiva del país (Familia Llanos Carpeneto, com. pers., 9 y 16 de mayo de 2018).

Desafortunadamente, no escribió artículos ni tratados, los que habrían sido de mucho valor para difundir sus técnicas y sus reflexiones en torno al oficio. No obstante, el siguiente párrafo refleja sus conocimientos de las aves y el mundo natural, así como sus sólidos vínculos con la ciencia en la región:

Porque el conocimiento de la ciencia no debe ser un estudio abstracto. ¿Qué pensarían ustedes si yo les hablara de un «*Gallinago paraguaiiae magellanica*»? Seguramente no entenderían una palabra... Pero es esta becasina. ¡Mírenla qué hermosa es, con su plumaje leonado oscuro! Tómenla en sus manos, examínenla con detenimiento. Ahora sí que deja de ser un puñado de nombres en latín para convertirse en algo real. (Tassara, 1974)

De acuerdo con esta visión, los taxidermistas cumplen la función de agentes en la circulación del conocimiento científico acerca de las aves –un saber que, en lo personal, Carpeneto buscó materializar sin caer en la abstracción– y forman parte de las redes de investigación científica. Por lo mismo, no es raro que mantuviera relaciones profesionales y de amistad con personalidades como Reinaldo Knop Niederhoff, fundador de los laboratorios Knop y pionero en el desarrollo de la medicina homeopática y fitoterápica en Chile.

¹⁶ En una carta a John Juger fechada en 1933 desde Talcahuano, Carpeneto relata sus apreciaciones tras embarcarse en uno de estos viajes: «Un espectáculo soberbio era la vista de Valparaíso y Viña del Mar a salir a las 10 ½ de la noche. No me retiré de la cubierta hasta que se perdió de vista el bellissimo espectáculo que ofrece Valparaíso de noche» (Carpeneto, 1933).

También realizó viajes científicos con Rodulfo Amando Philippi Bañados, con quien colaboró en sus estudios sobre colecciones de pieles y mediciones (Jaksic *et al.*, 2012, p. 143) para el libro *Las aves de Chile: su conocimiento y sus costumbres* (1957), del cual Philippi fue autor junto a J. D. Goodall y Alfredo William Johnson.

Profesionalismo a toda prueba

Carpeneto procuró siempre tener el máximo de cuidado y dedicación al practicar la caza selectiva (fig. 6). Para capturar especímenes pequeños –como por ejemplo el pájaro sietecolores (*Tachuris rubrigastra*), cuyas subespecies *rubrigastra* y *loensis* son reconocidas en Chile (<http://www.avesdechile.cl/079.htm>)–, debía prepararse muy bien, pues si el disparo no era lo suficientemente certero, podía destruir el ejemplar. Él mismo elaboraba los cartuchos, con una munición específica que dependía del tamaño de la especie (E. Montenegro y L. Ruz, com. pers., 29 de mayo de 2018).

Durante una de sus jornadas de captura en 1944, sufrió un desafortunado accidente:

Estando en la operación de cargar pólvora negra, un cartucho para preparar sus ‘tiros hechos’ como lo hace frecuentemente para economizar al Museo un gasto mayor, muy excesivo, como es el precio comercial de los buenos cartuchos de caza actualmente, para salir en días más a cazar pájaros para ir completando la Sección de Ornitología de este Museo, explotó el cartucho con tan mala suerte que casi le destruyó una mano (la izquierda). (Museo de Historia Natural de Valparaíso, *Accidente de José Carpeneto*, 21 de noviembre de 1944).

El incidente le significó la pérdida total de dos dedos. La institución le otorgó licencia para recuperarse, manteniendo su sueldo mientras durara el tratamiento. Afortunadamente, el lamentable suceso no impidió que siguiera desempeñando su oficio hasta el fin de sus días: según sus nietos, aprendió a convivir con los dedos amputados sin mayores problemas (Familia Llanos Carpeneto, com. pers., 9 y 16 de mayo de 2018) e, incluso, utilizó la discapacidad a su favor para rellenar con mayor facilidad las especies de cuellos largos y delicados como el pelícano (E. Montenegro y L. Ruz, com. pers., 29 de mayo de 2018).

Dos años después pasaría por otra dura prueba: el fallecimiento de su esposa, Victoria, que lo dejó viudo con 54 años y dos hijos menores de edad

—Santiago y Leonardo— a su cargo. A pesar de esta difícil situación doméstica, mantuvo siempre las más altas evaluaciones como funcionario. En palabras del director del Museo, John Jüger, Carpeneto se caracterizaba por desarrollar sus labores con «un celo y un dinamismo insuperables, además de ser abnegado y experto cazador y recolector de las especies zoológicas para los requerimientos específicos de la obra expositiva en su labor de taxidermia, para preparaciones osteológicas, etc.» (Jüger, 5 de marzo de 1952).

Su profesionalismo a toda prueba atrajo para él nuevas posibilidades laborales: el Museo de Historia Natural de Concepción le ofreció una vacante en 1952, y pudo convertirse, por otra parte, en director del Museo Araucano de Temuco. No obstante, se sentía comprometido con su labor en Valparaíso, por lo cual rechazó ambos puestos. Al respecto, él mismo expresó que aceptar el cargo en Temuco lo habría alejado «de este Museo al cual tengo consagrado por tantos años mis servicios» (Carpeneto, 24 de junio de 1952).

Desde el punto de vista personal, poseía un destacado lado humano (fig. 7), que vivenciaron especialmente sus cinco nietos. En la actualidad, son ellos de los pocos que conocieron la vida íntima del taxidermista¹⁷ y que fueron testigos de su labor en el taller de su casa, al borde de un pequeño patio. El cronista Leopoldo Tassara lo describe como «un lugar que por sí mismo parecía un pequeño museo con aves y mamíferos en distintas etapas de preparación» (Tassara, 1974, s/p).



Figura 6. José Carpeneto estudia detenidamente una leona embalsamada junto a su cría exhibidas en una de las salas del Museo de Historia Natural de Valparaíso. Ambas piezas se sitúan en una ambientación que recrea su medio natural. Colección Familia Llanos Carpeneto.

¹⁷ La religión tuvo un papel muy importante en la vida personal de José Carpeneto, que vivió bajo los preceptos del catolicismo e inculcó estos valores también a sus hijos —lo que explica que Leonardo y Margarita Ángela escogieran la vida religiosa—. Carpeneto no solo era católico de misa diaria, sino que creó una capilla móvil con un altar que llevaba a los fundos de Casablanca para acercar la celebración eucarística a los peones. Sus actos de bondad eran bien conocidos por su comunidad más cercana y, en un almacén que poseía, solía no cobrar a sus vecinos más necesitados. Su generosidad para con los inquilinos le significó incluso perder un conjunto de casas que poseía para arriendo (Familia Llanos Carpeneto, com. pers., 9 y 16 de mayo de 2018).



Figura 7. Retrato de José Carpeneto, 1966. Colección Familia Llanos Carpeneto.

Sus nietos lo asistieron en diversas tareas: Ángela, por ejemplo, acostumbraba a viajar a la calle Rosas de Santiago para comprar ojos de muñeca de distintos tamaños que su abuelo utilizaba en sus especies. Por su parte, José Manuel lo acompañaba a cazar al fundo Las Tórtolas, pudiendo apreciar en forma directa el conocimiento de su abuelo sobre los hábitos de los animales, así como su intuición para la caza.

José Carpeneto falleció el 23 de septiembre de 1974 debido a las complicaciones de una hemiplejía, y sus restos descansan en el cementerio parroquial Caleta Abarca, en Viña del Mar. Como mudos testigos, sus especímenes evidencian su importante

contribución al conocimiento de las aves de la región de Valparaíso y, por tanto, al desarrollo de las ciencias naturales en el país.

Conclusiones

El antiguo oficio de la taxidermia se vinculó en la época moderna a la interpretación de la fauna, recreada por el taxidermista para convertirse, a menudo, en la primera aproximación de los especialistas a una especie concreta. Por tanto, esta disciplina desempeñó un papel esencial en los debates epistemológicos sobre los animales desde la época de la Conquista americana hasta la pasada centuria.

Desde el siglo XVIII, la labor de los taxidermistas se asoció con la formación de gabinetes particulares. El oficio contribuyó asimismo al aumento de las colecciones zoológicas en los primeros museos de historia natural, entregando de esta forma un aporte científico significativo y pocas veces valorado.

En el contexto chileno, resulta difícil rastrear a los personajes tras las pieles de animales y aves conservadas. Se sabe que, al formar colecciones, los taxidermistas posibilitaron la circulación de objetos, intercambiándolos entre museos. Por otra parte, sus prácticas se hacían más complejas al incluir la caza

y la recolección –lo que, además, hizo de ellos grandes conocedores del medio natural–. Aun así, existen escasos testimonios escritos de sus experiencias, que parecen desvanecerse dejando las magníficas pieles como única evidencia de su fructífera labor en el silencio del taller.

En dicho contexto, el trabajo de José Carpeneto destaca como ejemplo de la gravitante contribución de la taxidermia a las ciencias naturales. Esta se refleja en el acervo del Museo de Historia Natural de Valparaíso, que constituye una de las mejores colecciones de aves en el país, y que fue su principal creación. La investigación sobre sus piezas, así como de su trayectoria en el oficio, permiten apreciar la relevancia de su figura como promotor de la disciplina y como parte integral de las redes científicas nacionales en el siglo XX. Su quehacer inmortalizó a numerosas aves inanimadas en un vuelo eterno, para admiración de las nuevas generaciones que hoy visitan la institución porteña.

Agradecimientos

Agradecemos a los nietos de José Carpeneto –Mario, José Manuel, Victoria, Ángela y María Cecilia Llanos Carpeneto–, por la valiosa información proporcionada. También a los profesores Dr. Enrique Montenegro y Dra. Luisa Ruz, de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Se agradece muy especialmente el apoyo y colaboración de la Sra. Loredana Rosso, directora del Museo de Historia Natural de Valparaíso, así como también las conversaciones sobre taxidermia sostenidas con el Sr. Sergio Quiroz, la Sra. Camila Figueroa y el Sr. Juan Carlos Belmar, funcionarios de la citada institución. La recolección de datos tuvo el apoyo técnico desinteresado de las historiadoras Daniela Silva y Gabriela Polanco, y se contó con la valiosa intervención de la Dra. Ximena Urbina. Gracias a todos por su contribución a este estudio.

Referencias

- Aragón, S. (2014). *En la piel de un animal: el Museo de Ciencias Naturales y sus colecciones de taxidermia*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Ávalos, A. (1976). Presentación de las aves de la Colección del Museo. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso*, (8), 9-16.
- Beolens, B., Watkins, M. y Grayson, M. (2009). *The Eponym Dictionary of Mammals*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Carpeneto, J. (1933). *[Carta a John Juger]*. Archivo Interno del Museo de

- Historia Natural de Valparaíso.
- Carpeneto, J. (24 de junio de 1952). [*Carta a Galliano*]. Archivo Interno del Museo de Historia Natural de Valparaíso.
- Gómez-Centurión, C. (2009). Curiosidades vivas. Los animales de América y Filipinas en la *Ménagerie* real durante el siglo XVIII. *Anuario de Estudios Americanos*, 66(2), 181-211.
- Índice de *obsequios*. Archivo Interno Área de Biología. Museo de Historia Natural de Valparaíso.
- Jaksic, F., Camus, P. y Castro, S. (2012). *Ecología y ciencias naturales. Historia del conocimiento del patrimonio biológico de Chile*. Santiago: Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Juger, J. (30 de diciembre de 1932). [*Carta al director general de Bibliotecas, Archivos y Museos*]. Archivo Interno del Museo de Historia Natural de Valparaíso.
- Juger, J. (15 de enero de 1936). *Evaluación de empleados*. Archivo Interno del Museo de Historia Natural de Valparaíso.
- Juger, J. (5 de marzo de 1952). [*Carta al jefe de Personal*]. Archivo Interno del Museo de Historia Natural de Valparaíso.
- Lopes, R., Johnson, J. D., Thoorney M. B. *et al.* (2016). Genetic basis for red coloration in birds. *Current Biology*, 26(11), 1424-1434.
- Marcaida, J. R. (2014). El ave del paraíso: historia natural y alegoría. En M. Tausiet (ed.). *Alegorías. Imagen y discurso en la España moderna* (pp. 93-108). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Méndez, A. (1956). La taxidermia. *Noticiero Mensual Museo Nacional de Historia Natural*, (2), s/p.
- Museo de Historia Natural de Valparaíso. (21 de noviembre de 1944). *Accidente de José Carpeneto*. N° 288. Archivo Interno del Museo de Historia Natural de Valparaíso.
- Pérez, S. (2013). Réaumur, precursor de la taxidermia. Recuperado de: <https://www.taxidermidades.com/2013/01/reaumur-precursor-de-la-taxidermia.html>
- Porter, C. (1899). Guía del Museo de Historia Natural de Valparaíso, 1898. *Revista Chilena de Historia Natural*, 1, 1-34.
- Parra, J. M. (2015). *Momias. La derrota de la muerte en el Antiguo Egipto*. Barcelona: Crítica.
- Raffaello, G. (1907). *Il naturalista preparatore embalsamatore tassidermista*. Milán: Ulrico Hoepli.
- Rothfels, N. (2013). Preserving history: collecting and displaying in Carl

- Akeley's in *Brightest Africa*. En L. Thorsen, K. A. Rader y A. Dodd (eds.). *Animals on display. The creaturely in museums, zoos, and natural history* (pp. 58-73). Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Sanhueza, C. (2018). Coleccionismo en el Museo Nacional de Chile (1853-1897). En C. Sanhueza (ed.). *La movilidad del saber científico en América Latina. Objetos, prácticas e instituciones (siglos XVIII al XX)* (pp. 169-196). Santiago: Editorial Universitaria.
- Tassara, L. (Tizio). (1974). Reflexiones sobre un museo encajonado. *El Mercurio de Valparaíso*, s/p.
- Soto, C., Vivar, A. y Pérez, R. (2016). *Museo de Valparaíso... sus inicios*. Valparaíso: Dibam, Museo de Historia Natural de Valparaíso.
- Ovalle, N. (1968). Homenaje a John Jüger Silver 1884-1967. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso*, (1), 17-25.
- Vilo, F. y Sanhueza, C. (2017). Comunidades en movimiento. La circulación de las obras zoológicas de Rudolph Philippi en Chile (1853-1904). *Historia*, (396), 597-625.